

# EL ZURRIAGO



## VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos  
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes  
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*  
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal  
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios  
á ninguno de esos des.

Pienso decir la verdad  
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar  
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea  
buen arreo! que me lea

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. . . . . 3,00 pesetas  
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-  
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 93

Pravia 8 de Noviembre de 1903

## LOS SECTARIOS INTANGIBLES

Lector, ¿te has fijado alguna vez en la manera como proceden los sectarios de todas partes, y en particular los que tenemos por aquí, cuando alguien les lleva la contraria? Pues si en eso te fijaste, ya tienes lo bastante para poder decir en todas partes y á todas horas de lado de quién está la verdad. Dime cómo defiendes tus ideas y te diré quién eres: si lo haces como los sectarios aludidos, resultas un apóstol del error y la mentira. Así creo yo que discutirías tú, lector del alma, si paras mientes en cómo se portan esos regeneradores de la patria; pero regeneradores poco menos que con trabuco y garrote.

Ellos no ven *sebe* cuando se trata de combatir al adversario. Las creencias más respetables, las personas más dignas de consideración cuanto de más venerando se pueda imaginar, todo cae bajo los ataques más violentos de semejantes bárbaros. No discurren, no hacen uso de la inteligencia para nada, no dan razones ni contestan á las de sus adversarios. Se meten con todo, lo critican todo, no hay para ellos nada inviolable, ni las interioridades de la vida privada, ni las más arraigadas convicciones, y se burlan groseramente de lo que debería merecer todos los respetos de gentes medianamente educadas.

Acuden al periódico, y es para llenar de groseras inmundicias á cuantas personas no se declaran sus partidarios; van al mitin y es para decir de sus adversarios, con mayor ó menor claridad, horrores que merecen palos á docenas para quien los suelta. Principalmente las personas eclesiásticas son el blanco de esos energúmenos sin educación social, sin conciencia y sin sentido común.

El Papa, los Obispos, los sacerdotes, en fin todas las personas dedicadas de un modo especial al servicio de Dios, y naturalmente pasa lo mismo con todos los religiosos, vense diariamente injuriados, calumniados, cubiertos de groserías por esos sectarios, que tienen la razón apagada y mojan la pluma en cieno.

En cuanto á las ideas religiosas no digamos nada. Sin dar razones, sin proceder como racionales, sino como lo que son, como sectarios, las tratan sencillamente como si antes hubieran demostrado que son disparatadas. Y su odio á esas ideas, á esas creencias, que no pueden argüir de erróneas, es el que les inspira sus arremetidas contra las personas eclesiásticas y contra todo aquello en que éstas tengan alguna parte. Una obra, una institución cualquiera que esté inspirada por la Religión, ó donde se halle metida una sotana, no necesita ya más para merecer á todas horas los ataques más violentos, más desesperados, de esos entes, representación la más genuina del más odioso fanatismo.

En resumen, para esos sectarios nada hay intangible, todo lo atacan, todo lo calumnian, sobre todo vierten el raudal impetuoso de sus groserías, y siempre, es claro, sin razonar, sin intentar siquiera convencer al lector ó al oyente de que lo por ellos combatido es un disparate.

Bien, pues esos *teroches* sectarios, que no ven *sebe* en el ataque á todo lo más sagrado, no pueden recibir ni una sencilla amonestación sin ponerse como furias. Ellos pueden decir groserías, atacar personalmente á sus adversarios y de la manera más innoble, pero ¡jojo al Cristo! cuidado con tocarles á ellos en el pelo de la ropa, ni aun usando lenguaje templado, no metiéndose con las personas y razonando con serenidad olímpica.

Un mentecato cualquiera puede encaramarse en las columnas de un periódico, y decir desde allí cuanto se le antoje contra cosas,

hombres é ideas; pero ¡ay del atrevido que salga á contestar á aquel deslenguado! Un *filósofo orador* puede subirse á la tribuna y en un mitin vomitar cuanto quiera contra los adversarios políticos, contra los curas, contra lo que huele á religión, pero ya puede prepararse quien desee dar contestación, si no *cumplida*, á lo menos la necesaria á tales despotricamientos!

Nada hay intangible para los sectarios, pero ellos son intangibles. Dios, la Religión, el Clero, el Rey, las instituciones más fundamentales de la sociedad, las personas, la vida privada, todo, todo puede ser denigrado, injuriado calumniado, por esos sectarios; pero cuidado con decirles á ellos nada que les moleste... Ellos son intangibles.

¡Y aun hay personas sensatas que miran en cara á esos fanáticos!

X. Y. Z.

## ODA DESPAMPANANTE

(CUARTA SERIE)

VI

Al archidistinguido cronista republicano de  
el Entrego D. Félix Sánchez (a) Roumaldo.

¿Visteis alguna vez, lectores míos,  
la majestad sublime de los ríos,  
que, saliendo de madre,  
y de suegra y de padre,  
todo lo llenan de terror y miedo?  
Y en sus inundaciones  
¿visteis alguna vez patas de palo?  
¿visteis de pez y cola algún remedo?  
¿visteis calabazones?  
¿visteis, latente, un *coco*  
*malo, malo, muy malo?*  
Yo no lo ví tampoco,  
pero así mismamente  
á verse llega el infeliz *Progreso*  
siempre que mete *Roumaldín la pata*,  
y en pestes se desata  
contra el tocino y el jamón y el queso.  
Porque es *Roumaldo* así: ó todo, ó nada,  
y puesto á dar el hombre una *patada*,  
él ha de darla gorda, pero gorda,  
como las muchas que le da *Vallina*  
al compañero *Urrea*,  
cuando, en su infausta inquina,  
éste, en lugar de *tordo*, le da *torda*,  
y cuando, en vez de pez, le da *correa*.  
Por eso allá le llama su caribe  
la prole socialista,  
y hasta el famoso presidente *Urbe*  
á quien no existe *Poncio* que resista  
le teme más que al *Chacho*,  
su amigo de la infancia,  
y para darle gloria y adularle,

Ur *ibe* es el que jura  
que cuando baila solo este muchacho,  
si alza bien la *patita*  
al pueblo d *aja estupefanto* y tonto,  
y que es *gusto* el mirarle,  
porque con tai limpieza y elegancia  
y *chic* y donosura  
el pobre se *esperita*,  
que ni el famoso é ilustre *Maximino*,  
con su cartel, su fama y su renombre,  
vale á su lado un misero comino,  
aunque el mundo se asombre.  
Y ya es decir, á fe; por eso un día,  
cuando en la *Cafrería*  
el del *fagot* «*Suspensus*» estrenaba,  
dijo el salvaje *Tal* que en la *Carrera*  
él un famoso *dómine* tenía  
que *mejor se bailaba*.  
Y dijo más aún: él fué quien dijo  
que allí los *labradores*  
tanto placer gustaban y contento  
viendo bailar *mazurcas* al *Lopijo*,  
que, aunque con harta pena y sentimiento  
le dieron la patente,  
y de allí le arrojaron:  
como que todo el tiempo que gozaron  
de su hermosa presencia,  
ver y reír hicieron solamente,  
hasta que al fin llegóse su paciencia.  
Y ahora va á ser *alcalde* de seguro,  
porque *Poncio* le vota,  
y si es que acaso *Urbe* no derrota  
las huestes que *acaudilla*,  
ó me lo mete al pobre en un apuro,  
ó le arrebató al triste su *gavilla*.  
Porque es *Roumaldo* así: ó todo ó nada  
y puesto á dar el hombre una *patada*,  
arroja la *muleta*,  
y, ó en el momento corta la *coleta*,  
ó la *atiza* tan fuerte,  
que el misero á quien toque,  
si no sufre la muerte,  
ó no sufre un disloque,  
saldrá tan mal parado,  
que solamente el mismo *patidica*  
podrá volverle la salud perdida  
con la *pez* milagrosa  
que él usa en el calzado,  
cuando le da *Vallina*, unos *tacones*  
ó cualquier otra cosa;  
porque es su *pez* llamada de *elecciones*.  
Y aquí termino el lírico cantazo  
que á este chico dedico,  
temiendo que este chico  
me arrime un *muletazo*.  
No la *Magdala* está, caros lectores,  
hoy para *tafetanes*.  
Hoy, además, mis flores  
no colman mis afanes:  
no se presenta favorable *Apolo*,  
porque el domingo se enfadó conmigo,  
y así trabajo solo,  
cónstete, pues, lector, que si no obligo  
á *Roumaldo* á bailar,  
es que á mi *musa* tengo reventada,  
y me la está curando *Pumarada*  
con vino... sin aguar.

El Despampanante

## Cuentos sociales

III

LA HUELGA

—¡Si verdaderamente aquella  
casa era una bendición de Dios!  
No había en toda la villa vecino  
que no la envidiara, ni vecina que

no la apeteciera. El, el señor Antonio, con sus cuarenta y siete años encima, era el hombre más retrechero del mundo. Como que, según opiniones, llevaba dentro dos ó tres fábricas de alegría. Nunca se le vió triste ni mal humorado. Era, á más, un cristiano como Dios manda y la Iglesia nos enseña, y sus costumbres eran puras y sencillas, como puras y sencillas eran sus aspiraciones.

Ella, la *seña* Manuela, otra que tenía cincuenta años de encima ya nadie se los quitaba, pero y ¿qué? Allí había nervios, según ella misma decía, y allí había también gracia por arrobas y voluntad por quintales. Porque no digamos que la *seña* Manuela no sabía lo que era el trabajo. Hormiga para su casa, y *aínda mais*, como ella también decía.

Ellos... ellos eran cuatro mocosos como cuatro soles. Otra bendición de Dios, ni más, ni menos. Y que eran guapos y que eran buenos como ellos solos, no era la *seña* Manuela quien lo afirmaba, no señor. Era el pueblo entero, que se moría de envidia al contemplarlos y que los colmaba de bendiciones, al tiempo que los enviaba.

La casa, un paraíso; los moradores, unos ángeles. Así es que pasaban la vida admirablemente, y aunque los jornales del señor Antonio y de los dos chicos mayores no eran muy abundantes que digamos, como también las necesidades eran pocas y los viveres no eran subidos, *allá iban tirando*, al decir de la *seña* Manuela, como Dios les daba á entender, pero sin aprieto alguno.

¡Si verdaderamente aquella casa era una bendición de Dios!

En mal hora fué, en verdad. Cernióse sobre la desventurada villa, en los ambientes de la industria, como monstruo preñado de maldades, de destrucción y de ruina. Incautos y desprevenidos, cayeron en sus garras los miseros proletarios, y en busca de la felicidad y bienestar que les prometía, uniéronse y trabajaron; ante la fuerza de sus brazos tembló el capital, pero fué su miedo el miedo de un solo instante. Pronto se rehizo, y dispuesto á luchar y á combatir, despreció sus exigencias y malbarató sus planes.

Y acudieron á la huelga. El señor Antonio y sus chiquillos no figuraban en el Centro como socios, porque sus creencias eran primero. No obstante, la coacción, más bien que la voluntad, obligóles á acompañar á sus vecinos.

Verdad era que el pobre viejo no negaba á los obreros el derecho indiscutible de abandonar el trabajo, con el fin de mejorar sus condiciones y su vida, siempre que de tal acción no se siguiera el desorden, y siempre que no se hallaran obligados á trabajar por de-

terminado tiempo, en virtud de algún contrato justo en todo y racional; verdad también que él no dejaba de reconocer la desmedida ambición de los patronos; pero al mismo tiempo, la coacción empleada para apartar del trabajo á los que en él deseaban continuar y para impedir también que otros nuevos lo intentaran, le parecía una manifiesta injusticia, una iniquidad lastimosa y una horrible tiranía. Ansiando los obreros la libertad, por huir de la opresión de los patronos venían á caer en la mil veces más terrible de sus mismos compañeros.

Varios eran los medios que el señor Antonio proponía para la solución de la huelga. La falta de caridad del proletario, había buscado el momento más oportuno para la ruina del patrono; pero á su vez el capital del segundo, aun cuando mermaba, se sostenía, mientras la indigencia del primero se aumentaba. Cerrados los talleres, el aspecto de la villa era triste y sombrío, semejante al que el cementerio presenta. Reunidos los trabajadores en las tabernas, dirigidos en su mayor parte por socialistas de los que habían excitado á la huelga, con el fin de hacer su agosto, allí discutían sus derechos, allí se animaban en sus propósitos, y allí también consumían los ahorros reunidos á costa de innumerables privaciones en el tiempo del trabajo.

É inútil fué el arbitraje propuesto por el buen viejo. Ni los unos ni los otros pensaban en ceder. Y el hambre había ya derramado sus crueldades en la mayor parte de las chozas de la villa. Y la miseria principiaba á sentirse también en casi todas, y las privaciones oprimían los hogares del obrero, que, sin fondos en el Centro que pudieran sostener sus necesidades, veíase oprimido, y sin esperanza alguna de salir de su opresión.

Y los que así se encontraban eran muchos; porque los iniciadores de la huelga no habían sido los verdaderos obreros, amantes del trabajo y amantes de la igualdad, sino cuatro revoltosos, que en su desatentado afán de trastornarlo todo, se habían impuesto en la fábrica, arrastrando al misero trabajador al ocio injusto y aventurado.

Uno de los hogares en que más se sentía la necesidad, era el del señor Antonio. El jornal que allí ganaban en los días de trabajo, no era excesivo, ni mucho menos. Tanto, que maldito el ahorro que había en casa. Durante los primeros días, ya que no mal, todo fué menos bien.

Pero no tardó en desaparecer de allí la alegría y en acabarse el regocijo. Pronto las necesidades lo invadieron todo y la *seña* Manuela se vió precisada á desprenderse de lo único que en su casa poseía: los muebles. Pero el tiempo corría y la huelga no se solucionaba.

El dinero reunido con la venta se agotó, y necesario fué pedir limosna; pero como tampoco ellos eran los solos, éstas escaseaban. Así que fué necesario entenderse nuevamente con los huelguistas. Y nada: erre que erre y firmes en su empeño.

Los que apetecían terminar aquel estado, eran muchos, pero eran los honrados; los que deseaban continuar, eran pocos, pero eran los pillos.

Y los segundos cohibían á los primeros; y éstos ansiaban trabajar, porque la situación les era insostenible. Y entre ellos se encontraba el señor Antonio. Y no solamente al pobre hombre le impedían el trabajar en la fábrica de donde había salido, sino que también le obligaban á no hacerlo por su cuenta; y como en toda la villa no había más fábricas que una, y como, fuera de ella, no le admitían por huelguista, y como, en una palabra, el pobre viejo no estaba para bromas ni para trabajos de peso, resultó que se vió en la necesidad de acudir á sus compañeros de infortunio forzados también como él, y todos acordaron, pesara á la saña de los demás, volver al trabajo, y seguir como hasta allí.

### III

¡Traidores! — ¡Traidores ellos, que por no malograr los planes de sus amigos habíanse lanzado á una huelga desesperada, anteviendo la derrota y la miseria; ellos, que si acudían al trabajo, acudían porque la necesidad les apretaba de tal suerte que ya no se podían resistir; porque el hambre los oprimía, porque después de resistir en vano el furor de la indigencia, la ruina llenó sus casas y angustió sus razones.

Y las sañas de todos se concentraban en el señor Antonio, causa, según ellos, de que la huelga se perdiera.

Se habían reunido todos á la puerta de la fábrica. Era la primera mañana que los *traidores* trabajaban, después de su fatal acuerdo. Murmuraban y bullían; esperando á que salieran.

Y por fin, aparecieron. Quién pudo ser, no se supo: el caso fué que del grupo de los huelguistas salió una piedra, y que ésta fué á chocar contra la frente del pobre viejo, que cayó al suelo bañado en sangre, mortalmente herido...

Fuó la primera víctima del monstruo llamado huelga; fué el desgraciado primero con que sació sus instintos, y fué también el primero que sufrió las consecuencias de opresión más terrible que inventó la tiranía: la opresión del obrero honrado por el infame.

Y con él murió la gloria del hogar; y con él desapareció la alegría de la casa; y con él, el sostén de la pobre anciana y el apoyo de los infelices hijos...

Consecuencias necesarias de una huelga injusta y opresora.

*El Desamparante*

## ¡VAYA UNAS MANOS!

Las de los republicanos son de oro fino, de pura ley.

Lo que ellos tocan para destruirlo, florece al momento, como por ensalmo.

Y ¡aun hay quien se indigna, cuando oye á los republicanos despotricar atacando groseramente honras ajenas...!

No, señores; no hay que ser injustos: á cada uno lo suyo, y á los republicanos cuando se suben á la parra y se la echan de oradores y hablan mal de las personas decentes, eterna gratitud, reconocimiento profundo.

No hay insulto republicano que no lleve envuelta una alabanza; ni ataque suyo por sañudo que parezca, que no reporte alguna utilidad práctica para el atacado.

Hechos cantan.

Apenas los del *Potrero* aseguraron con todo el énfasis de que son capaces, que el Colegio de Pravia no valía dos cuartos, y que era un colegio jesuítico, cuando algunos padres, que sin duda estaban indecisos sobre la elección de punto para educar á sus hijos, dijeron para su capote: tate, éste es el colegio que nos conviene; y no vacilaron más; y en el trascurso de estos ocho días últimos han solicitado el ingreso en el Colegio de Pravia cuatro nuevos alumnos; hecho verdaderamente raro y que hasta la fecha no había ocurrido nunca, después de ir corrido un mes de curso.

Conque ahora indignese usted con esos pobrecitos hombres, amantes del progreso y la cultura, creyendo que cuando atacan al colegio de Pravia le dan de muerte en la cabeza, siendo así que precisamente con sus discursos *hacen el artículo* del Colegio, como diría un comisionista...

Naí, nada, D. Manuel, choque usted, y adelante con los discursos y con los ataques y con todo lo malo que á usted se le ocurra, en la seguridad de que por muy malo y muy desvargonzado que ello sea, algún bien ha de reportar á los que tengan la honra de merecer sus censuras.

¡Ya ve usted! ¿Cuándo habían de soñar los profesores del Colegio de S. Luis con cuatro nuevos alumnos, y otro ú otros dos que se anuncian ya, sino fuera por los buenos oficios que, sin pensarlo ni soñarlo, usted les dispensó!

¡Ay, señor mío! ¡Si usted pudiera darnos, cada mes siquiera un espectáculo tan barato, tan decente y tan edificante como el del *Potrero*!

Pero ya veo que de ésos entran pocos en libra, pues al parecer salen más caros que una fiesta sacramental, que es cuanto se puede decir ni pensar.

Andan por ahí, según he oído, sus amigos de usted doliéndose amargamente de los cincuenta y

tantos duros que tienen que aprontar para pagar los vidrios rotos por Llana, Albornoz y *Polidin*; y no es cosa de hablarles de repetir la suerte, porque sería más que probable, seguro, que no querían meterse en otra.

Y esto con tanto mayor motivo cuanto que la novillada resultó contraproducente. En vez de conquistarse simpatías con la oratoria republicana, se las han enajenado los oradores del *Potrero*.

Toda su fogosidad no fué bastante para poder sumar votos suficientes para llevar al Municipio un representante siquiera del Comité republicano. ¡Qué dolor, qué lástima! Esta visto que los pueblos no quieren regenerarse: hay que dejarlos morir en su apatía.

Lo peor es que han caído ustedes tarde de la burra, por no atender á los amistosos consejos de EL ZURRIAGO, que muy en tiempo dijo que en Pravia no había aire bastante oxigenado para que pudieran vivir los republicanos.

Yo lo siento en el alma, pero no puedo llorarlo.

Celebro sí que el Comité republicano de Pravia haya optado por el retraimiento en las elecciones, evitando de este modo el derramamiento de sangre, que de lo contrario sería inevitable. Porque la lucha había de resultar encarnizada, dado el arraigo y simpatías con que cuentan los que á grande honra tienen el llamarse republicanos.

Bien se me alcanza que con la retirada de los del gorro tendremos que renunciar á nuestra regeneración, resignarnos á vivir bajo el yugo seril del caciquismo y del clericalismo hoy imperantes.

Pero ¿qué le hemos de hacer?

Otra vez será.

A los republicanos les quedará siempre la satisfacción de haber hecho lo imposible para regenerar la administración, y restituir el imperio de la moralidad y la justicia que están hoy por los suelos.

Ellos fueron y vinieron; hablaron y suplicaron; no dieron paz á la lengua ni á las piernas, ni siquiera al bolsillo; pero todo ha sido perdido.

¿Qué le hemos de hacer?

Paciencia y barajar.

## POBRECITOS!

DE PEDAGOGÍA REPUBLICANA

Buenos, pero buenos han dejado esta vez los periódicos independientes y los monárquicos á los señores profesores con gorro frigio.

Ellos, la verdad sea dicha, como merecer lo merecen todo.

Pero, amigos, al leer las cosas que en un momento de imparcialidad les dicen los periódicos que tanto los miman ordinariamente,

casi, casi me dió lástima de esos pobrecitos catedráticos.

¡Cuidado que les han dicho cosas!

Si es que no se han puesto, al leerlas, más encarnados que un pimiento morrón, es que tienen una cara más dura que la cabeza de Maximino de los Estévanes.

Suspense, como saben vuestras mercedes, en derecho civil.

Y periodista de esos que dirigen la opinión pública en España.

Pero no nos metamos con Estévanes, y dejémosle saborear las calabazas.

Continuemos lamentando lo que se ha dicho estos últimos días de los inocentillos profesores republicanos.

Los cuales, como queda dicho, han oído estos días unas cosas...

Y todo ello ¿por qué? vamos á ver.

Pues nada, porque siendo empleados á quienes paga la Monarquía, procuran hacer republicanos á los estudiantes; porque cobrando del estado, procuran hacer unos demagogos de los alumnos: porque teniendo por misión enseñar ciencia á los estudiantes, sólo les enseñan política republicana; porque mientras los padres de familia se imponen sacrificios enormes para dar carrera á sus hijos y para convertirlos en ciudadanos útiles, los tales profesores solamente procuran convertirlos en tribunos descamisados.

Y todo eso ¿qué tiene de particular? ¿Acaso la libertad de la cátedra no es muy sagrada? El estado monárquico paga á los profesores; pues éstos pueden convertir la cátedra en club de propaganda antimonárquica; los padres de familia que son en último resultado los que pagan á los profesores, enviarán los chicos á la Universidad para que estudien, pero los profesores pueden librarlos de esa labor haciéndolos demagogos...

Y ¿á esto llaman el Ministro, y *El Imparcial* y *El Nacional* etc, etcétera, una infamia y una especie de corrupción de menores? Pues no veo el motivo. Todo ese proceder de los aludidos profesores es muy lógico y muy legal. ¿No son libres los catedráticos para defender en sus cátedras cuantos horrores les vengan á la calabaza respecto á la Religión? Esos ministros, esos periódicos, esas personas que tanto se escandalizan porque los profesores de un Estado donde la Monarquía se halla implantada, hacen sus clases propaganda republicana, porque esos profesores, contra la voluntad de los padres de familia, hacen republicanos y demagogos á los estudiantes, porque se salen de su puesto, pagado por un gobierno monárquico, para predicar é inculcar en los jóvenes alumnos el odio á la monarquía, esos periódicos y esas personas ya podían ser más consecuentes. ¿No son partidarios de la libertad doctrinal de la enseñanza? ¿Acaso se asustan y protestan cuando se les dice

que los profesores de un estado católico, pagados por padres católicos, cuya misión es educar jóvenes católicos, se dedican á corromper las inteligencias de éstos, haciéndolos anticristianos.

Si esos catedráticos son libres para convertir sus cátedras en tribunas donde se predica contra la religión de los padres, contra la religión de los jóvenes, contra la religión de quienes pagan; y siendo la religión lo más importante en la vida del individuo y de los pueblos, si para esas cosas son libres los profesores republicanos ¿por qué no han de serlo también y mucho más para predicar sus ideas republicanas? Desde el punto de vista liberal, no hay por lo tanto motivo para decir á esos pobrecitos pedagogos republicanos lo que últimamente se les ha dicho.

Ahora desde el punto de vista del sentido común, de un criterio racional, no cabe duda; eso de cobrar de un Estado monárquico para después hacerle la guerra, me parece indecoroso. Eso de cobrar para enseñar la ciencia á los jóvenes, y enseñarles el camino de la demagogia, me parece infame. Eso de que el Estado pague profesores para que enseñen, eso de que los padres manden sus hijos á la Universidad para que estudien y se hagan hombres, y luego los profesores contra la voluntad del Estado y de los padres de familia conviertan los alumnos en Albornoces, me parece digno de todos los epítetos más fuertes que posee la lengua para anatematizar acciones miserables.

Y no sigo, porque me voy poniendo demasiado serio. Los que sabemos por experiencia lo que son los sectarios metidos á profesores, tenemos bastante con lo dicho. Los que esa indecencia no conozcan, necesitarían más espacio del que dispongo para convencerse de lo dicho por un periodico liberal: «La moral republicana necesita una hoja de parra: porque eso ya es más que faltar á la decencia.»

## El Capitán Araña

¿Qué cosas más raras ocurren entre los republicanos!

Parece que viven todos ellos en el país de los viceversas.

Las anomalías más grandes se observan entre ellos, como la cosa más usual y corriente.

Truenan contra el caciquismo, y en donde quiera que hay un republicano que puede coger la sartén por el mango resulta, á las primeras de cambio, el cacique más grande entre los grandes, el despota más insupportable entre todos los insupportables.

Hablan de propagar sus ideas, de hacer sacrificios por la *causa santa* de la república; y los que más chillan y más alborotan son los que menos hacen y menos gastan.

Para probarlo no hay que citar á Azcárate ni á Salmérón que se dan mucho pisto republicano por Madrid, y ganan frescos cuartos, sin que se dé ejemplo de que ellos hayan pensado, ni una vez siquiera, en comprometer su persona, poniéndose al frente del movimiento revolucionario en esas frecuentes algaradas que se promueven, al grito más ó menos disfrazado de ¡Viva la república!

Tampoco hay que citar á Melquiades Alvarez, ni siquiera á Llana y Albornoz (de los pedagogos no hay que hablar; éstos son republicanos platónico hasta cierto punto) baste ir al último rincón de una provincia cualquier, y allí encontrarán ustedes en la persona del republicano más conspicuo, al Capitán Araña embarcando la gente y quedándose en tierra...

Díganlo si no, los vecinos todos de Navia en donde viven, pero no reinan, los Calzadas.

Ellos (los Calzadas) son republicanos de abolengo y los de más viso y arraigo en la comarca.

Gritar gritan, como condenados; y bullen como arpillas; y fundaron una Junta Local republicana que ¡pásmense ustedes! tiene nada menos que su órgano en la prensa, que es á la vez órgano de la familia y se llama *El Bombo*.

Todo esto viste mucho, visto desde el tendido; pero si ustedes bajan al redondel ¡qué desencanto! ¡qué vergüenza!

Pura fantochería... y nada más, Mucho Calzada para arriba, mucho Calzada para abajo, mucho mitin, mucho periódico, y cuando llega el momento de medir las fuerzas y de decir aquí está Cachano, los Calzadas se meten en casa á tomar chocolate, y á los demás que han tomado en serio sus predicaciones que se estrellen y los lleve la trampa.

¿Crearán ustedes, por ejemplo, que en Navia los Calzadas se lanzaron á la lucha, y que aspiran cuando menos á sacar media docena de concejales republicanos? ¡Quitollis!

En Navia no se mueve una pajita republicana en sentido electoral.

Lean, lean ustedes los números todos de *El Bombo*, y ni una palabra siquiera encontrarán que revele intención formal de dar la batalla.

La darían de buena gana ¡Ya lo creo! ¿Pero quién y con qué?

Allí los Calzadas si se les cierra el pico se les acaba el tasco.

No sirven más que para meter á los perros en danza.

Como sucedió con la media docena de importados *ferreiros* de Boal, que andan locos echando los bofes por cazar una concejalía, y no la alcanzan ni con un galgo.

¿Cuánto han trabajado aquellos infelices!

Y ¡cuán poco les aprovechó!

Aún últimamente, después de lo dicho ya en EL ZURRIAGO, fueron los exóticos republicanos de Boal á Rozadas á celebrar un mitin y ¡oh de-

